

# ELÍAS

# EJÉRCITO DE DIOS

# DE UN SOLO

# SOLDADO

EDDIE CLOER

*Texto: 1º Reyes 16.29—22.40*

Hace algún tiempo que oigo el comentario en el sentido de que el mundo todavía no ha visto lo que Dios puede hacer por medio de una persona totalmente dedicada a Él.

Bueno, sí lo ha visto y no lo ha visto. Por supuesto, en un sentido es cierto el comentario; pues ningún ser humano, por más consagrado que sea, podrá alguna vez agotar todo el poder del todopoderoso Dios. No obstante, en otro sentido, podríamos decir que el comentario no es nada cierto. De vez en cuando, aparece un alma fiel que nos muestra lo que Dios puede hacer por medio de una sola persona que elige andar fielmente con Dios, cual sea el costo, el compromiso o las críticas. Enoc (Génesis 5.22), Moisés (Deuteronomio 34.10), Elías (2º Reyes 2.12) y Pablo (Hechos 26.16–18) son algunos ejemplos que se elevan como montes nevados sobre un paisaje llano, en la Palabra de Dios.

Uno de estos dínamos espirituales, Elías, debe analizarse al seguir aprendiendo de lo acontecido a los líderes de Israel. Este entra en las páginas de las Escrituras, «en una tempestad», como alguien dijo, y sale «en un torbellino». Tan repentinamente como un rayo, cae estrepitosamente en medio de la corte de Acab, denunciando la idolatría y prediciendo una sequía.

Se presenta en las Escrituras como «hombre

sujeto a pasiones semejantes a las nuestras» (Santiago 5.17); sin embargo, fue sin duda uno de los más grandes de los profetas antiguotestamentarios, un hombre de infalible fidelidad, incansable obediencia y resuelta adhesión al deber que Dios le había asignado.

Debido al ambiente tan hostil al cual Dios lo envió, él no dio largos discursos sobre la hermosura y el poder del amor, ni sobre el valor del pensamiento positivo; antes, demostró milagrosamente la autoridad de la verdad. No trajo una nueva revelación, sino que defendió una que ya se había dado. No fue un maestro, sino un reformador; no fue un evangelista local, sino un predicador itinerante.

Su vida, su andar con Dios, fue tan impresionante, que Dios le concedió el privilegio de saltarse la muerte, y lo llevó a casa en una limosina de fuego, para estar con Él. Verdaderamente vino como un trueno, arrasó Israel como un incendio y fue a casa dando vueltas en un torbellino.

Cuando el ejército del Señor solo se componía de un soldado, el fue ese soldado en un momento crucial de la historia de Israel. El inicuo Acab y la malvada Jezabel habían convertido a casi toda Israel al culto a Baal. La nación se encontraba en su lecho de muerte espiritual. El problema no era únicamente que Israel había sido seriamente afectada por la parálisis de la idolatría, sino también que la mortal enfermedad se estaba propagando

rápidamente hacia Judá. Eran escasos los hombres piadosos. Tratar de encontrar a un adorador fiel de Jehová, era como tratar de encontrar un pequeño diamante en un lodazal. El futuro de Israel dependía de que alguien entrara en escena y realizara una verdadera transformación: alguien extraordinario que pudiera servir como una fuerte muralla espiritual para detener las crecientes mareas de iniquidad. Israel necesitaba urgentemente a un hombre que pudiera defender con firmeza la verdad, cuando nadie más lo haría. Dios eligió a Elías para que fuera ese hombre, y este aceptó, con humilde obediencia, la divina decisión.

El método de Dios para hacer volver a los Suyos, siempre ha implicado el empleo de hombres, no de hombres comunes, sino de hombres santos. Se trata de hombres que se rigen por una estricta disciplina y que desprecian los valores que el mundo considera preciosos. La pura comunión que ellos comparten con Dios, los convierte en un soplo espiritual de aire fresco, que elimina los pestilentes olores que emanan de los vertederos de basura de pecado y paganismo que están dispersos por la tierra.

Elías era tisbita, nacido posiblemente en Tisbe de Galilea, pero que vivió en Galaad (1° Reyes 17.1). Vestía un atuendo de piel o de áspero pelo de camello, con el cual cubría sus hombros curtidos por el sol, y se lo ceñía a sus lomos con un cinturón de cuero (1° Reyes 19.13; 2° Reyes 1.8). Era un hombre fuerte y valiente, un hombre tosco, severo, independiente y distante. En vista de que no tenía vínculos que lo obligaran a permanecer en un solo lugar, lo encontramos recorriendo con rapidez grandes distancias, apareciendo de repente y desapareciendo de igual manera. Su ministerio profético se desarrolló dentro de los veintiún años del período 918–897 a. C.

Elías vivió en una era muy singular, que requería no solo de un mensajero, sino también de milagros.<sup>1</sup> Los eventos sobrenaturales que ocurrieron durante el ministerio de Elías per-

---

<sup>1</sup> Hay once milagros relacionados con la vida de Elías: 1) la ausencia de lluvia (1° Reyes 17.1); 2) los cuervos que suministran alimento (1° Reyes 17.6); 3) la multiplicación de la harina y el aceite (1° Reyes 17.14); 4) la resurrección del hijo de una mujer de Sidón (1° Reyes 17.22); 5) el fuego que cayó del cielo y que consumió el sacrificio sobre el monte Carmelo (1° Reyes 18.38); 6) los cielos que se abren con lluvia (1° Reyes 18.45); 7) la torta cocida y el agua suministradas por un ángel (1° Reyes 19.5); 8) el fuego caído del cielo que consumió a cincuenta hombres (2° Reyes 1.10); 9) el fuego que consumió a otros cincuenta hombres (2° Reyes 1.12); 10) la división de las aguas del río Jordán (2° Reyes 2.8); 11) el traslado de Elías al cielo en un torbellino (2° Reyes 2.11).

tenecen al segundo de cuatro períodos milagrosos<sup>2</sup> de la historia de la redención. Esta serie de milagros fue necesaria, debido al combate de vida o muerte que se estaba librando entre la religión de Jehová y el culto a Baal. La cuestión fundamental era la fidelidad del pueblo del reino del norte, a la ley que Dios les había revelado. James E. Smith escribió acerca de esta época de la historia de Israel:

La época requería un mensajero; mensajero que debía tener credenciales; credenciales que sólo podían ser milagrosas. Solo milagros prodigiosos como los que llevaron a cabo Elías y Eliseo podían haber sido suficientes para contrarrestar la influencia de Jezabel y sus ochocientos cincuenta sacerdotes y profetas. El más grande profeta se reserva para la peor época.<sup>3</sup>

Elías fue el hombre de Dios que irrumpió en medio de una crisis. De no ser por él, podría haberse perdido la causa de Dios en Israel.

En vista de que Elías fue uno de los más grandes hombres de Dios, deseamos preguntar: «¿Cómo era su corazón?». Hasta no ver el corazón de un hombre, no se le podrá ver como realmente es. Los grandes hombres tienen obviamente un gran espíritu. Son hechos de adentro para afuera, no al revés. La grandeza siempre surge del pensamiento devoto, no de los músculos a punto de reventar. El verdadero poder proviene de un corazón fuerte, no de la habilidad atlética.

Los ocho episodios que se consignan, acerca de Elías, nos muestran una radiografía de su corazón espiritual. Al analizar estos sucesos podemos entender mejor la composición de un hombre que fue el ejército de Dios de un solo hombre.

### CUALIDAD DEL CORAZÓN: CARÁCTER

El punto de partida para valorar el corazón de Elías tiene que ser su unidad con Dios, su espiritualidad. Tenía verdadero carácter, la clase de carácter que surge de una recta relación con Dios. Hacía honor a su nombre, Elías, que significaba: «Mi Dios es Jehová». En otras palabras, era el siervo de Jehová.

Esta verdad acerca de Elías se pone de manifiesto en su dedicación a la oración y en su diario

---

<sup>2</sup> Esos cuatro períodos son 1) cuando los hebreos salen de la esclavitud en Egipto a través de la serie de plagas, 2) el tiempo de Elías y de Eliseo, 3) la vida de nuestro Señor y 4) el comienzo de la iglesia, tal como se consigna en Hechos.

<sup>3</sup> James E. Smith, *I & II Kings (I y II de Reyes)*, Bible Study Textbook Series (Joplin, Mo.: College Press, 1975), 356.

andar con Dios. Conocía a Dios, hablaba a Dios y vivía con Dios. Aunque a veces se vio desprovisto de compañía humana, jamás la pasó sin comunión celestial. No solamente hablaba *acerca* de Dios, sino que hablaba *a* Dios. No solamente pensaba en Dios, sino que se desplazaba a grandes pasos por este mundo, con el más grande de los amigos, el Dios del cielo.

Acab, influenciado por su esposa Jezabel, se había arraigado en el culto del Dios tirio Baal. En este momento crucial, apareció Elías delante de él y anunció una sequía como castigo por haber rechazado a Jehová (17.1). Debido a la hambruna que sobrevino, Elías se retiró primero al arroyo de Querit, donde los cuervos le dieron de comer providencialmente (17.6). Cuando el arroyo se secó, se le ordenó ir a Sarepta, sobre la costa del Mar Mediterráneo, al norte de Tiro (17.9). Se le dijo que fuera donde una viuda que proveería para su sustento. Cuando esta dudó en deshacerse del agua y el pan, debido a las condiciones de hambruna, él la instó a creer y a confiar en Dios.

No tengas temor; ve, haz como has dicho; pero hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo. Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra (17.13–14).

La viuda, guiada por Elías, confió en Dios y compartió con el profeta el agua y la última torta cocida. Dios se encargó de que su tinaja de harina y su vasija de aceite no disminuyeran hasta el fin de la sequía (17.15–16; Lucas 4.24–26). En todos estos eventos especiales del ministerio de Elías, es inevitable que a uno le impacte la intimidad del profeta con Dios.

Cuando el hijo de ella murió, la viuda pensó que la muerte se debía a algún pecado que tal vez ella hubiera cometido (17.18). Elías llevó con cuidado al muchacho al aposento alto y se concentró en una oración, pidiendo con fe a Dios que lo resucitara y confiando en que lo haría. Por medio del cuadro que nos pintan las Escrituras, Dios nos permite observar a Elías orando por la vida del muchacho. ¡Qué escena más dramática! Dios escuchó a Elías y le devolvió la vida al muchacho.

Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió. Tomando luego Elías al niño, lo trajo del aposento a la casa, y lo dio a su madre, y le dijo Elías: Mira, tu hijo vive. Entonces la mujer dijo a Elías: Ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra de Jehová es verdad en tu boca (17.22–24).

A partir de este evento milagroso, la mujer pudo

ver, al igual que todos nosotros, dos verdades acerca de Elías: el auténtico carácter de su vida y la divina naturaleza de sus palabras.

Elías nos enseña, sobre todo, que no hay sustituto para la espiritualidad. Uno puede ser recto como un cañón, hablando doctrinalmente, pero vacío como ese mismo cañón, hablando espiritualmente. ¿Puede usted imaginarse algo más penoso que un hombre que trata de predicar a otros cuando él mismo no conoce a Dios, ni anda con Dios? Es cierto, Dios a veces lleva a otros a Cristo a pesar del predicador, pero esto es una excepción, no la regla. Si hay una determinación espiritual que debo asumir con tanta firmeza como el plan de salvación, ella es que debo tener cuidado de mí mismo para poder tener cuidado de las necesidades espirituales de los demás (1<sup>era</sup> Timoteo 4.16).

La esposa del conocido predicador Batsell Barret Baxter decía que él se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, se introducía en su estudio y oraba acerca del trabajo del día. Tenía tres trabajos: Era director del Departamento de Biblia de la David Lipscomb University, predicador de la iglesia de Cristo de Hillsboro y el principal orador de los programas de radio y televisión del Heraldo de la Verdad. La hermandad lo consideraba uno de los más excelentes predicadores del siglo veinte. ¿Qué lo hacía tan eficaz? ¿Era solo habilidad? Es cierto que tenía esta. Podía hablar acerca de un sello de correos con tal sinceridad y sentimiento que casi hacía llorar a una audiencia de la emoción. Podía decir «Mesopotamia» de un modo tal que a uno le daban ganas de responder con un «¡Aleluya!». No obstante, los que conocieron al hermano Baxter sabían que su fortaleza no residía en sus habilidades naturales y adquiridas, sino en la realidad de que era un hombre de Dios.

En los últimos años de la vida del gran predicador Marshall Keeble, a menudo viajó con él Willie Cato. El hermano Keeble contribuyó decisivamente a que se convirtieran a Cristo unas cuarenta mil personas, en el curso de su vida. El hermano Cato contaba que en los viajes en que tenían que pasar la noche en algún hotel, el hermano Keeble siempre insistía en que los dos se arrodillaran junto a sus respectivas camas para orar antes de acostarse a dormir. Contaba además que cuando el hermano Keeble se levantaba por la noche, antes de volverse a meter a la cama, él siempre se arrodillaba y volvía a orar. «Cuántas veces se levantaba, no volvía a la cama sin antes arrodillarse junto a esta para orar», decía el hermano Cato.

Los hombres piadosos oran en diferentes momentos y en diferentes lugares, pero todos tienen

una característica en común: Oran con regularidad y con fidelidad. Hallan su fortaleza en Dios. «No creen en la oración, sino que creen en Dios», como nos ha recordado Charles Hodges. No creen en actos de devoción; creen en la devoción en sí a Dios. Como colaboradores de Dios, andan con Dios y trabajan con Él.

### **CUALIDAD DEL CORAZÓN: CONVICCIÓN**

Otra cualidad del corazón que se observa en Elías es la convicción. Este no era un signo de interrogación humano que constantemente se preguntara qué era lo que creía. Antes, era el punto de un signo de admiración. Estaba conmovido por lo que creía; le entusiasmaba al grado de hacer algo al respecto. Observe la resuelta convicción que manifiesta Elías en las palabras que dijo al rey Acab: «Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra» (17.1).

Debe recordarse que Acab era el rey; ¡tenía autoridad sobre Elías para dar o quitar la vida! Cuando a nosotros se nos envía a hablarles acerca de Jesús a los amigos, sudamos y temblamos. Tal vez deseemos en secreto que no se encuentren en casa. ¿Cómo sería que se nos pidiera reprender a un rey, especialmente uno con una esposa como Jezabel? Por no decir otra cosa, se requeriría un corazón revestido de acero, que esté firmemente sostenido con la verdad de Dios.

Más adelante en su ministerio, Elías escribió un documento en el cual se dirigió a Joram de Judá, que había sido corregente con Josafat. En este documento, amenazó a Joram con juicio divino, no solo por los pecados cometidos durante el curso de vida de Josafat, sino por los asesinatos que él cometió después de la muerte de Josafat.

Y le llegó una carta del profeta Elías, que decía: Jehová el Dios de David tu padre ha dicho así: Por cuanto no has andado en los caminos de Josafat tu padre, ni en los caminos de Asa rey de Judá, sino que has andado en el camino de los reyes de Israel, y has hecho que fornicase Judá y los moradores de Jerusalén, como fornicó la casa de Acab; y además has dado muerte a tus hermanos, a la familia de tu padre, los cuales eran mejores que tú; he aquí Jehová herirá a tu pueblo de una gran plaga, y a tus hijos y a tus mujeres, y a todo cuanto tienes; y a ti con muchas enfermedades, con enfermedad de tus intestinos, hasta que se te salgan a causa de tu persistente enfermedad (2° Crónicas 21.12-15).

Una vez más, imagínese la convicción que se requirió para escribir una carta así.

Hace algunos años, Ben Berry dirigió a las iglesias de Searcy, Arkansas, en una campaña para erradicar la pornografía de nuestra ciudad. Fueron muchas personas las que se juntaron para ver realizada esta tarea; sin embargo, todo dio comienzo con la convicción de un hombre que se atrevió a hacer algo acerca de la inmundicia que se expendía en los puestos de periódicos y revistas de nuestras tiendas. Se puso en pie ante las congregaciones y la describió, les explicó lo que estaba haciendo a las mentes de las personas y reseñó lo que podíamos hacer para librar a la ciudad de la basura. El resto de nosotros estuvimos de acuerdo con él cuando nos planteó el desafío de hacer algo al respecto, pero ¿por qué no fuimos nosotros quienes tomáramos la iniciativa? Usted sabe la respuesta: ¡tiene que ver con la convicción! Ben estaba convencido, y nosotros no lo estábamos. Me alegra que nos llevó a preocuparnos por ello al grado de hacerle frente.

Para manejar la plaga del baalismo en Israel, Dios necesitaba un hombre que creyera que la adoración de ídolos no podía ser tolerada por ningún israelita sincero. Su convicción tenía que ser tan firme que se pondría de pie delante de los demás, incluso delante del rey, sin que le favoreciera otra cosa más que el poder de Dios. No era con dinero, ni talento humano, ni carisma, ni educación secular que iba a poder realizar la transformación. La revolución tendría que producirse por medio de la verdad de Dios demostrada, y nada más. Cuando Dios puso este manto de responsabilidad sobre Elías y dijo: «Vé y muéstrales», el profeta tuvo suficiente convicción para hacerlo.

### **CUALIDAD DEL CORAZÓN: VALENTÍA**

Aun otra característica del corazón de Elías es la valentía, que es ramificación natural de la convicción, que se profundiza y se fortalece en el manantial de esta. ¿Por qué ser valiente en relación con alguna causa si uno no está convencido de ella? Si la valentía no nace de la convicción, ella se convierte en un celo salvaje y temerario que carece de misión. Elías tenía las dos: valentía y misión. A su valentía le subyacía una capa de fe en Jehová Dios que estaba profundamente arraigada, y la necesidad de hacer volver a Israel al culto de Jehová.

Después de la sequía de tres años y medio (1° Reyes 18.1; Lucas 4.25; Santiago 5.17), Elías fue enviado por Dios ante Acab. Después se suscitó la escena del monte Carmelo: la lucha entre Dios y Baal. Todo el día los sacerdotes de Baal se esforzaron por asegurar las pruebas de la divinidad de Baal

por medio de frenéticas danzas y rituales, pero fracasaron rotundamente. En lo único en que tuvieron éxito fue en que el pueblo les tuviera lástima y los rechazara, pero no en que ese pueblo tuviera fe.

Después Elías reunió al pueblo alrededor de un antiguo altar dedicado a Dios. Es probable que este altar hubiera sido erigido por israelitas piadosos del norte, debido a que la deserción de las diez tribus les impedía adorar en Jerusalén. Alguien lo había derribado. Elías lo reparó, tomando doce piedras para este propósito, dando testimonio silencioso de que la división de las doce tribus en dos reinos no era acorde con la santa voluntad de Dios (18.31). Para eliminar toda posibilidad de fraude, hizo que el pueblo empapara de agua el altar y el sacrificio. Después que hizo todos los preparativos, clamó a Dios en oración. Cayó fuego del cielo que consumió el sacrificio, destruyendo también el altar. Jehová confirmó de este modo Su existencia, Su realidad y Su poder. Se probó que los profetas de Baal eran impostores, y fueron llevados al arroyo de Cisón, al pie del monte, y fueron degollados por órdenes de Elías (18.1–40; Deuteronomio 17.2–5).

El pueblo reconoció a Jehová y obedeció al profeta de Este, y la demostración de la respuesta de Dios se observó en la acumulación de nubes de lluvia. Elías se ciñó los lomos y corrió con gran fuerza delante del carro de Acab hasta la puerta de Jezreel, lo cual hizo para honrar al rey como soberano de la tierra (18.41–46).

¿No admira usted la valentía de Elías? Imagínese la serenidad con que se ocupó de la reparación del altar, de la preparación del sacrificio y de la oración en que pidió que cayera fuego. Esto es valentía. Es la clase de valentía que se considera buena, porque es valentía espiritual y dedicada. Elías no demostró valentía sin sentido, sino valentía que nace de la fe en el Dios viviente. ¿Quién podía haberse puesto en pie sobre aquel monte y haber resistido las pruebas que se suministraron en esa oportunidad y la osadía del profeta? ¡Los que resistieron debieron de haber tenido corazón hecho de granito!

Cuando Jezabel oyó de la destrucción de sus profetas, se llenó de furia y juró que mataría a Elías, que había huido al monte Horeb. Cuando este estuvo allí, fue sustentado por intervención divina durante cuarenta días y cuarenta noches, al igual que lo fue Moisés (Éxodo 24.18; 34.28; Deuteronomio 9.9, 18; 1º Reyes 19.8). Durante este tiempo vemos a Elías en el peor momento de su vida. Se sentó debajo de un árbol de enebro y pidió

a Dios que tomara su vida. Agobiado por el desaliento y la desilusión, creyó que había hecho todo lo que podía, y que, sin embargo, había fracasado. Estaba que ya no lo soportaba más. Dios lo reprendió con ternura por su depresión (19.9), le dio una prevista de lo que sería el resto de su ministerio (19.13) y lo envió de nuevo al servicio. Le dijo a Elías que ungiera a Hazael por rey de Siria, a Jehú por rey sobre Israel y a Eliseo para que fuera su colaborador y para que le ayudara en la labor de librar la tierra de iniquidad idólatra (19.15–18).

Elías salió y de inmediato encontró a Eliseo. Echó su manto sobre este, llamándolo a la obra y confiándole la posterior realización de la comisión que Dios le había dado a él (19.19–21). Para proseguir con la tarea de Elías se necesitaba valentía.

Elías había demostrado valentía al hacer frente al rey Acab en la viña de Nabot, para anunciarle la futura venganza de Jehová por el homicidio judicial de Nabot y los hijos de este, que cometió Jezabel (21.20–24). Alguien de corazón débil no hubiera servido para tal tarea. Se había presentado para esta, un hombre de corazón fuerte, un hombre de fortaleza espiritual como el acero, que miró a los ojos a Acab, y declaró la sentencia de juicio de Dios, lo cual tal vez hizo sin manifestar siquiera el más leve temblor en su voz.

En el mismo lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre, tu misma sangre [...] He aquí yo traigo mal sobre ti [...] y destruiré hasta el último varón de la casa de Acab, tanto el siervo como el libre en Israel. [...] De Jezabel también ha hablado Jehová, diciendo: Los perros comerán a Jezabel en el muro de Jezreel (21.19–23).

El anuncio que hizo Elías no fue sencillamente una advertencia; era lo que realmente ocurriría. Tres años después, la muerte de Acab en la batalla de Ramot de Galaad, fue el comienzo del cumplimiento del juicio que Elías había pronunciado contra la casa real (22.1–38).

No hay duda, Elías fue extraordinariamente valiente. Nadie que lea estas narrativas, se quedará sin notar la valentía de su corazón. A excepción del desánimo que experimentó cuando estuvo debajo del enebro, libró su batalla contra el baalismo como un imponente hombre de fuerza, intrépido e indomable.

Antes de que alguien pase al frente a predicar, los hermanos a veces oran, diciendo: «Amado Dios, que nuestro hermano predique tu evangelio sin

temor ni favor, escudado en la cruz de Jesús». Me pregunto quién fue el primero que usó la frase «sin temor ni favor». Quien haya sido, tuvo una idea acertada. Un verdadero predicador del evangelio no puede favorecer a algún grupo en particular; debe predicar con osadía a todos, y dar a la gente un «así dice el Señor». ¡Un predicador sin valentía es como un hombre sin agallas!

### CONCLUSIÓN

A estas alturas ya deberíamos entender que Dios emplea hombres de carácter, convicción y valentía. E. M. Bounds escribió que lo que Dios busca no es mejores métodos, sino mejores hombres. Cuando Dios quiso transformar el paisaje espiritual, Él no hizo venir un ejército de ángeles, sino que dio una comisión a un hombre. Este no era un hombre corriente; era Elías, un duro soldado espiritual que andaba con Dios cuando las masas se postraban ante Baal. Era uno a quien no le intimidarían los poderosos, ni los verdugos, ni la desaprobación de las masas, sino que sería el hombre de Dios que se mantendría lleno de valor cuando los corazones de los demás desfallecieran por causa del temor. Elías no logró todo lo que debía hacerse, pero Dios lo usó para cambiar el rumbo por el que marchaba la nación. Fue por un tiempo el soldado del ejército de Dios de un solo hombre. Los eruditos antiguo-testamentarios coinciden en que Dios usó a Elías para propiciar una nueva época de espiritualidad en la antigua Israel.

No pase por alto la clase de hombre que fue Elías. Difícilmente habría un profeta entre Moisés y Juan el Bautista que lo igualara. Recibió el honor, que anteriormente solo Enoc recibió (Génesis 5.24), de ser trasladado al cielo sin morir. Un carro tirado por caballos de fuego apareció delante de él, cuando viajó al este del río Jordán, con su ayudante Eliseo. Dios se llevó a Elías al cielo en un torbellino, apartando a los profetas hasta que sus espíritus fueran reunidos nuevamente en el paraíso (2° Reyes 2.1–12).

Los últimos dos versículos del Antiguo Testamento anunciaron que Dios enviaría a Elías antes de la venida del día de Jehová, grande y terrible (Malaquías 4.5–6). El Nuevo Testamento explica que esta profecía se cumplió con Juan el Bautista, que fue como el tísbita en cuanto a la humildad de su atuendo y de su apariencia (Mateo 3.4; Marcos 1.6), en cuanto a la fidelidad y la obra (Mateo 11.11–14; 17.10–13; Marcos 9.11–13; Lucas 1.17).

Cuando nuestro Señor se transfiguró delante de Pedro, Jacobo y Juan, se le vio en un estado de

gloria, andando y hablando con Moisés y Elías (Mateo 17.3–4). No hay duda de que la apariencia de Elías en este selecto trío, en esta ocasión especial, dice algo acerca de lo elevado de la vida del profeta. Dios jamás elige para el servicio y el honor a un hombre, sin que haya una buena razón.

Para alcanzar la grandeza y llegar a ser verdaderamente fructífero, no hay atajos. Elías fue el ejército de Dios de un solo hombre, fue el «carro de Israel, y su gente de a caballo», por su íntimo andar con Dios (vea 2° Reyes 2.12). Si Elías nos ha inspirado para que tengamos el deseo de realizar transformaciones en este mundo, recordemos que no es por medio de salir corriendo hacia la plaza a pedir a gritos tal transformación, que se alcanzará esta meta. Puede que esto sea lo que sencillamente tengamos que hacer antes que la batalla termine, pero el primer movimiento consiste en que cada uno de nosotros se retire al más recóndito castillo, esto es, su corazón, y lo renueve, pues Dios solo puede hacer lo que Él necesita, por medio de una persona que tenga la clase de corazón que se considera especialmente bueno. ◆

*Lección a ser aprendida:  
Para que Dios haga realidad las  
transformaciones que  
se necesitan en el mundo,  
Él necesita tener agentes de  
cambio de una clase especial.*

---

### *Eliseo el líder*

Si bien Eliseo fue muy diferente de Elías, también podemos aprender de él. En Segundo de Reyes se nos instruye acerca de cómo ser un líder para Dios, en la vida de Eliseo.

- Sabía ser seguidor (2.1–8).
- No le importó hacer trabajos de baja categoría (3.11).
- Se preocupó igualmente por los ricos y por los pobres (4.1–37).
- Supo cuándo mantenerse en segundo plano (5.1–27).
- Tenía completa confianza en Dios (6.15–17).
- Se preocupaba por su pueblo (8.12).

*The Compact Survey of the Bible  
(La reseña compacta de la Biblia)*

John Balchin